

Tríptico: o algunas formas del odio.

César Meneses J.

Antropólogo, cesarfusa@gmail.com

I

La primera vez que la Mariana vio al Rojo fue en una chalupa, recién llegada a Nechí. Él estaba en el puerto con sus compañeros vigilando quién llegaba y quién se iba, y mandó a unas de las muchachas que trabajaban con él a que le revisaran el bolso y le preguntaran qué iba a hacer al pueblo, pero ella, que estaba preparada, le dijo que iba a trabajar con Lucero Yorube en su salón de belleza. Lo que la Mariana no esperaba era que esa mujer le pidiera la cédula. Cuando se la entregó le dijo: “Pero usted se llama es Bryan”. “Me llamaba”, le dijo la Mariana. “Ahora me llamo Mariana Gil y punto. Vengo a trabajar y no le voy a causar perjuicio a nadie”.

La segunda vez, un par de días después, el Rojo fue al salón de belleza a cobrar la cuota. Ahí fue cuando la Mariana se dio cuenta de que el tipo no era más que un subalterno, un mandadero, pero igual ella le temía porque tenía ojos saltones, inyectados de sangre, y una piel asoleada que le recordaba al guerrillero que amenazó a su familia en Sucre, por lo que tuvieron que irse corriendo para Caucasia. Ese día le dijo que si ella fuera una mujer de verdad sería bonita. Ella se quedó callada, pero pensó: yo soy una mujer de verdad.

La tercera, cuarta y quinta vez fueron iguales. Ella pasaba cerca del puerto y el Rojo, con sus compañeros, le gritaban cosas y se reían de cómo se vestía de mujer el marica de Bryan. Ella, que se sentía asustada, seguía caminando, sin reaccionar, convencida de que solo eran las burlas ridículas de los hombres ofendidos con ella por haber renunciado a sus privilegios de hombre, pero no sabía, o por lo menos no dimensionaba, que el Rojo no era un hombre común y corriente; que llegó a Nechí proveniente del Nordeste donde participó en incursiones armadas muy recordadas, como en Segovia, donde con mano propia asesinó a dos campesinos por no pagar la cuota

de la vigilancia, o en Ituango, donde sacó el apodo que cargaba orgulloso, porque se manchó la piel de sangre cargando en carretillas los muertos de una incursión que se llevó a cabo en una cancha de microfútbol, cumpliendo la orden que su superior le dio: apilarlos en una esquina de la cancha. Si bien solo era un mandadero, el apodo lo llevaba orgulloso.

La sexta vez fue fatal. Lucero Yorube le había pedido que fuera al pueblo, a la tienda del peluquero, por el surtido del salón, pues se sentía enferma. La Mariana no se negó, pues ir al pueblo la hacía sentir muy liberada. Podía vestirse bien, montar en la chalupa, lo cual le gustaba, comerse un helado por ahí caminando, en fin, algunas cosas que le gustan a la gente joven. Pero en la lancha también viajaba el Rojo que no dejaba de mirarla. Que incluso le sonreía y al llegar al pueblo la ayudó a bajarse de la lancha y le dijo “Mariana”. Extraño, pensó ella, siempre le había dicho Bryan.

En el pueblo lo vio una vez más en el mercado y de nuevo en una esquina cerca del parqueadero de los taxis, en la tienda del peluquero y al frente de la alcaldía. Cuando se subió al moto-carro para irse a la lancha, se asustó al ver que el conductor se iba por otro camino, y después cuando el tipo se bajó y se metió corriendo al monte, y del monte salió agazapado el Rojo y se montó en la moto y arrancó a toda velocidad camino arriba, sin importarle que la Mariana gritara y llorara asustada, y que dijera que no, que por favor no, que no, que la dejara irse. Lucero Yorube preguntó muchas veces por ella, pegó carteles, puso denuncias, avisó a sus familiares.

Al Rojo uno todavía lo ve a veces en el puerto del río Nechí vigilando a las personas que llegan, preguntando quiénes son, a veces cobrando la cuota. Siempre muerto de risa con sus compañeros por cualquier tontería. Las tonterías lo hacen reír.

II

Manolo llegó tarde al tajo ese día. Había estado en el puerto despidiendo a sus primos, los Yorube García, que tuvieron que irse porque esa gente de aquí estaba amenazando a Zoraida, su prima la mayor. Uno de los tipos quería que se fuera porque ella estaba en embarazo de él, así que primero les rayaron la pared de la casa con un grafiti que decía: “muerte a prostitutas” y después les dijeron directamente que el comandante Filo mandaba a decir que en 24 horas no podían estar en la vereda, que no eran bienvenidos. Sabrá dios a dónde se fueron, con los papás enfermos y todo.

Manolo no sabía lo que había pasado temprano en el río. Un funcionario de la *American Gold Mine* fue acompañado de catorce soldados a decirles que debido a que la empresa comenzaba a explorar esa sección del río, el barequeo quedaba prohibido. Si bien el funcionario se fue en su camioneta, los soldados se quedaron, armaron sus carpas, montaron sus guardias y pusieron en los cerros banderas de Colombia y del Ejército Nacional. Manolo pensó, por un momento, que se parecía a la escena de una película en la que el ejército americano ganaba una guerra. Pudo ser cualquier película.

“No podemos aguantarnos esto”, les dijo a algunos compañeros. El río no es de ellos, el río es libre. No, Manolo, no se equivoque, le dijo un compañero. El río sí es de ellos, porque tienen un papel. Nosotros qué tenemos, ¿las bateas?

Pero Manolo era persistente. En la tarde se vio con los mineros de más abajo a quienes les ocurrió lo mismo, y convenció a dos de ellos de irse a una reunión con mineros de Tarazá que sabían cómo afrontar estas amenazas. Pero Manolo era persistente y a la vez ingenuo. Ignoraba que tal vez entre los barequeros había quien veía mal su resistencia y lo escuchó hasta que acabó, y seguro rodó la voz de un revoltoso; el nombre, un tal Manolo García, minero barequero, y que vivía en tal parte. Y si algo no le gustaba al comandante Filo eran los revoltosos; y seguro el rumor no alcanzó a llegar a la *American Gold Mine*, o quizá porque llegó primero un grupo de diez paramilitares enviados por Filo, pararon la chiva en la que iban Manolo y seis mineros más a los que durante el día convenció de irse a Tarazá para empezar un paro. Los bajaron, los obligaron a acostarse boca abajo en la cuneta de la vía y dispararon solo un balazo en cada cabeza.

“¡No hay nada qué mirar!” Les gritó un paraco a los de la chiva, y el camión arrancó. Sobre el cuerpo de Manolo dejaron un cartel blanco con letras rojas que decía: “aquí el oro tiene dueño”.

III

El padre Genaro volvió al pueblo con un sacristán nuevo, un hombre mayor que ya había recibido su orden de diácono hacía varios años, pero que por alguna razón el obispo no lo ordenó sacerdote. Según se supo, como ya no tenían nada que ponerlo a hacer en el seminario, anduvo de parroquia en parroquia donde algún cura requería de sus servicios como misionero o sacristán, hasta que ya ninguno quiso convocarlo y fue a dar con el padre Genaro en el tiempo en que lo trasladaron a Cáceres por su enfermedad en la columna vertebral. Como era lógico, a su regreso a La Caucana y con la necesidad de alguien que lo ayudara en las cosas de la iglesia ahora que estaba enfermo, se lo trajo con él.

Lo primero que hizo, tal vez mandado por el padre, fue pasar cuadra por cuadra con un megáfono diciendo que se llamaba Ángel Monroy, nuevo diácono colaborador de la diócesis, e invitando a los niños y las niñas a las reuniones de la infancia misionera y a la catequesis de primera comunión. Fue ahí donde mi hermanito Nando lo conoció, pues la abuela Teresa, la mamá de mi difunto papá, insistió mucho en que hiciera la primera comunión ese mismo año. Ella creía que un niño de más de diez años ya se veía ridículo con un trajecito blanco desfilando por las calles del pueblo. Fue por eso que mi hermano se apuró, porque no quería que se rieran de él cuando saliera a desfilarse detrás de la banda de guerra el próximo año.

Los engranajes de la vida se ajustan solos. Yo ya no creo en dioses o en asuntos sobrenaturales, pero fue como si algún mago que maneja los hilos de la existencia hubiera facilitado que la *American Gold Mine* les diera trabajo a algunos hombres del pueblo, entre esos mi papá que hacía años no hacía más que buscar pepitas de oro en los caños o raspar hojas de coca por jornal, y que mi mamá se fuera con él, dejándonos al cuidado de mi abuela Teresa, una ferviente seguidora del padre Genaro.

Como yo no soy alguien que sepa mucho de ninguna cosa, pero algo sé, me imagino que los lobos o cualquier otro depredador seleccionan como presas a las más vulnerables, quizá



animalitos que se perdieron de su manada, alguno con la patita rota, ciervos viejitos o niños que no se cuidan solos, o niños solitarios y pobres; hijos de padres que tienen que irse a buscar la comida a donde les digan que está, vaya uno a saber. El caso es que el diácono Monroy era un depredador y afinó su mirada en mi hermano pequeño, el más vulnerable de todos.

La primera vez fue en la clase de catequesis. Le dijo que fuera a la sacristía por un balde con agua para bendecir. El niño fue, pero el tipo se fue persiguiéndolo. Según me contó, cuando todo se supo, el diácono le tocó entre las piernas y le metió la mano en el pantalón, y después le puso el dedo cruzado en los labios para que se callara. “Son las cosas de dios”, le dijo, “Es para hacer la primera comunión”. Cuando le contó a la abuela, ella se enojó porque Nandito era un mentiroso y un mal criado. La segunda vez fue en el salón de la infancia misionera; le cogió la mano y le dijo tóqueme aquí, y se la puso en su entrepierna y se la metió entre el pantalón. Según mi hermanito, tenía un pene grande y duro. “Es por la primera comunión”, le dijo, y de nuevo el dedo cruzado en los labios. Según la abuela las mentiras de mi hermano se estaban saliendo de control y por eso le dio una golpiza que todavía hoy recordamos.

La otra vez fue cuando el padre Genaro se tuvo que ir al entierro de un cura de Nechí. Ese día el diácono les dijo a los niños de la infancia misionera que no tenían clases, pero no dejó ir a Nando. Le dijo que tenía que llevarle un dinero a la abuela, para las empanadas del domingo, y que el padre se lo había dejado. Cuando todos se fueron y se quedó solo con el niño, pasó lo terrible. Al final el dedo cruzado en los labios, dios quiere a los niños que no cuentan, en fin. Y el miedo es poderoso controlador, como sabemos bien nosotros en este pueblo tirado en el monte. El niño, para que la abuela no le pegara otra vez, se aguantó un dolor que le subía por la espalda y le entumecía las piernas, que no lo dejaba sentarse ni quedarse parado, y a cada rato iba al baño a limpiarse con papel higiénico los poquitos de sangre que le salían y le hacían pensar que se iba a morir.

Sin embargo, como incluso el miedo o la violencia más profunda también encuentran sus resistencias, en la noche, cuando ya estábamos acostados, Nandito me dijo que tenía miedo de morir, que le salía sangre y que le dolía. Esta vez la abuela se quedó callada y me escuchó, mirando para otro lado como a punto de gritar, y cuando terminé de contar, así como un baldado de tierra encima de mí, dijo ese hombre es un elegido del señor y aquí se termina la cosa. Yo, que nada más era una adolescente y no podía hacer mucho más que eso, me quedé de una pieza.

Ese domingo vendió empanadas, leyó en las tres misas, hizo los mandados, llevó la comunión de los enfermos, en fin, lo de siempre. Nandito no hizo la primera comunión ese año. El diácono Ángel Monroy se fue de la iglesia el día antes de que llegaran los paramilitares la última vez, cuando tuvimos que volver a desplazarnos hacia Tarazá a vivir unos días en el coliseo. La abuela contó que por fin habían ordenado al muchacho y que había secretos que era mejor guardar, por la iglesia, y para que mi papá y mi mamá que tanto tenían que trabajar en minas y cultivos, no tuvieran una cosa más por qué preocuparse.■